

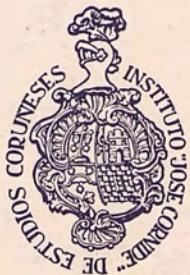
INSTITUTO "JOSÉ CORNIDE" DE ESTUDIOS CORUÑESES

EVOCACIÓN DE JOSÉ CORNIDE

DISCURSO LEÍDO POR

DON CARLOS MARTÍNEZ-BARBEITO Y MORÁS

al ser recibido como Miembro de Número de este Instituto
durante la sesión pública inaugural del mismo, que se celebró
solemnemente el día 11 de febrero de 1965 en la Sala
Capitular del Palacio Municipal de La Coruña



LA CORUÑA

1965

DISCURSO
NUM. 1



INSTITUTO "JOSÉ CORNIDE" DE ESTUDIOS CORUÑESES

EVOCACIÓN DE JOSÉ CORNIDE

DISCURSO LEÍDO POR

DON CARLOS MARTÍNEZ-BARBEITO Y MORÁS

al ser recibido como Miembro de Número de este Instituto
durante la sesión pública inaugural del mismo, que se celebró
solemnemente el día 11 de febrero de 1965 en la Sala
Capitular del Palacio Municipal de La Coruña



LA CORUÑA

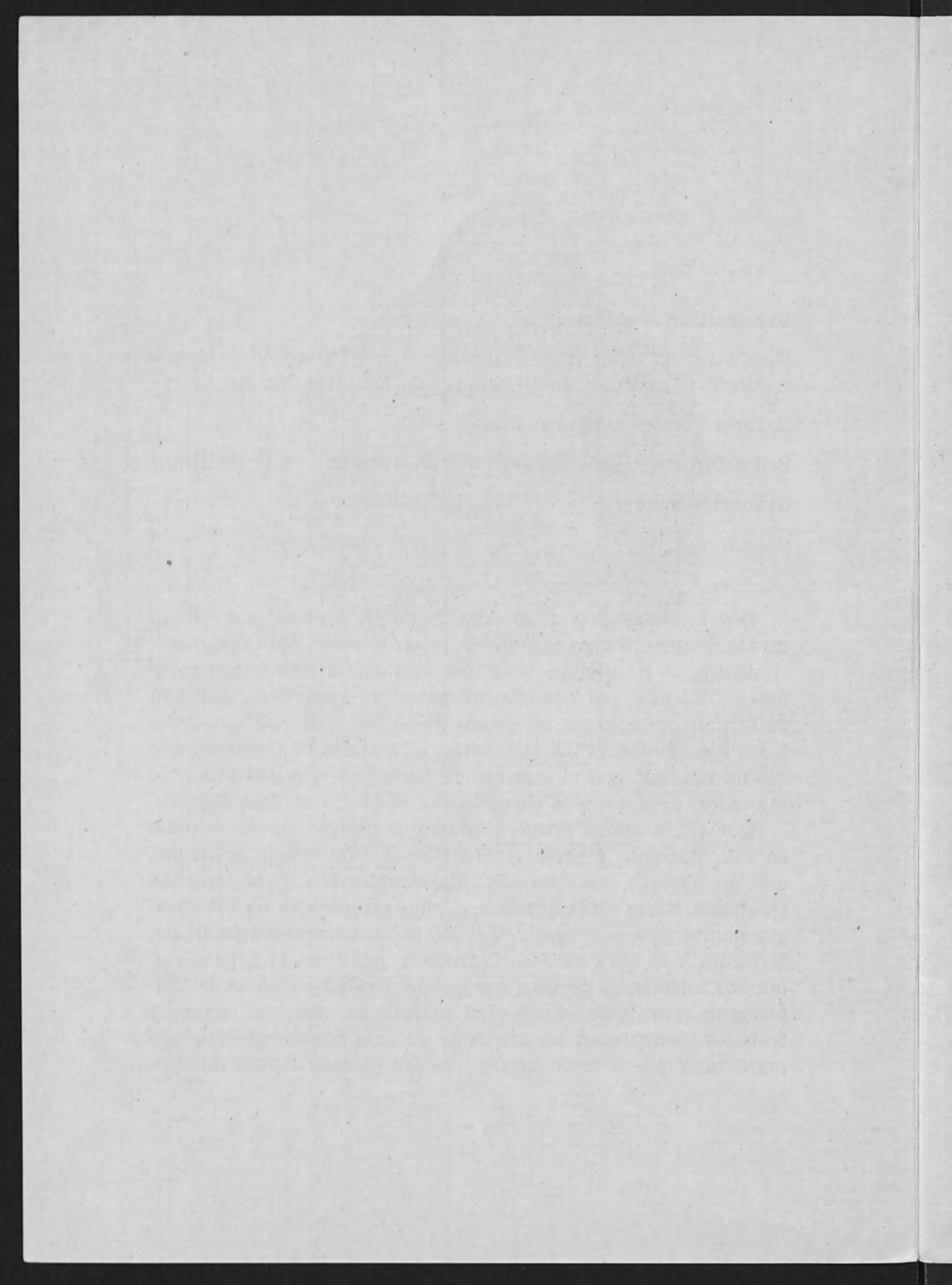
1965

DEPÓSITO LEGAL: C - 247 - 1965

IMPRENTA MORET - GALERA, 48 - LA CORUÑA



Joseph Jornide



Excelentísimos señores;

Excelentísimo señor Alcalde-Presidente del Patronato y fundador del Instituto "José Cornide" de Estudios Coruñeses;

Señores Vocales del Patronato;

Señor Director y señores Miembros de Número de este Instituto;

Señoras y señores:

Doy rendidas gracias al Alcalde de La Coruña que, en un exceso de generosidad y sobrevalorando a ojos vistas mis merecimientos, se ha dignado elegirme uno de los veinticinco coruñeses —los más, por nacimiento; todos por vocación— que han de formar parte, como Miembros de Número, de este Instituto. Y las doy también, muy expresivas, a la Junta de Gobierno que me ha honrado con el encargo de hacer, en este solemne acto inaugural de las tareas corporativas, el elogio de José Cornide.

Que sea el mío el primer discurso de ingreso que se escucha en esta naciente y prometedora Corporación, no es privilegio, que no merezco, sino servicio, que acepto. Sin duda teniendo en cuenta cierta especialización de mis estudios, se ha estimado que podría yo evocar aquí, en el momento auroral del Instituto, la figura y la obra de José Cornide, y justificar el acierto con que los iniciadores de esta nueva colectividad coruñesa le propusieron como guía, como civil patrono de nuestros afanes y trabajos y adoptaron las armas de su casa como emblema corporativo. Y así es como llego a vuestra presencia para dar lec-

tura a mi discurso de ingreso en el Instituto, que lleva por título "Evocación de José Cornide".

Las grandes corrientes de ideas que cambian el curso de la Historia no son mera abstracciones que baste estudiar en las obras de los historiadores. Hacer Historia no consiste sólo en rotular las épocas, en ponerles a los siglos mote como Edad Media, Renacimiento, Ilustración o Romanticismo. La Historia no está montada en el vacío —si así se puede considerar por el momento al ámbito metafísico— sino sobre la carne y la sangre de los hombres. No está hecha sólo de ideas, sino, y sobre todo, de acciones humanas, de conductas y casi pudiéramos decir de temperamentos. Pueden, sí, elaborarse amplias síntesis, vastas sinopsis que siempre estarán justificadas y tendrán utilidad escolar. Pero este modo de entender la marcha del pasado, tendría mucho de deshumanizado si no lo compensáramos añadiendo a la historia de las ideas puras, la historia de las ideas encarnadas, la historia de las personas y los pueblos. Las ideas no se producen por generación espontánea ni tampoco merced a un solitario esfuerzo en una Universidad, un gabinete de filósofo o de sabio, o una biblioteca. Es decir, ahí se producen, se inician y germinan, no sin anterior respaldo aunque parezca invisible, pero no florecen ni menos aun fructifican en tales ahogadas cámaras. Para que signifiquen algo en el orden histórico, hay que echarlas a rodar, hay que ventilarlas, regarlas y hacerlas pasar de mano en mano. Un solo pensador no crea un sistema. Se apoya, aun sin quererlo, en quienes antes de él han pensado, y descansa, aun sin saberlo, en los que después de él vengan. Tal es el profundo sentido comunitario de la cultura y de la Historia; tal su condición inexcusablemente tradicional, por más que tantos insignes pedantes sientan la tentación, y a ella sucumban, de decir que lo han inventado todo.

Por otra parte, el que cree haber dado con la verdad, o al menos con una verdad, está deseando comunicarla. La actividad pensante no se basta a sí misma, no se sacia en sí misma. Necesita expansión, necesita comunicación, necesita convencer a los demás, necesita un fondo de humanidad, de sociedad. Y

de ello constituye acaso el mejor ejemplo la gran época de la segunda mitad del siglo XVIII que conocemos con el nombre de la Ilustración, y una de cuyas características más notables es la de haberse desarrollado por el sistema de equipos —aunque minoritarios— más que por individualidades geniales y solitarias, que, no obstante, las hubo. Estas consideraciones, que desde luego no excluyen ni siquiera rebajan el valor de la obra individual, son, en mi opinión, singularmente adecuadas para que yo las exponga ante quienes van a trabajar por nuestra ciudad sin ambiciones personalistas y sintiendo muy en lo hondo el espíritu corporativo.

Todas juntas, las publicaciones del mismo tiempo y las actitudes de los contemporáneos, forman una red que a ellos puede parecerles de malla desigual, rota y mal zurcida, pero que a las generaciones siguientes se les aparece ya como un conjunto orgánico, uniforme aunque matizado, como un juego de afinidades y parentescos, como un sistema, como un gran todo. Borradas o atenuadas las aparentes divergencias y contrastes gracias a la perspectiva histórica, queda lo que se llama el espíritu del tiempo. Por supuesto, las notas ideológicas que sirven para caracterizar a una época, no se reducen a una mera colección de libros ni a brillantes lucubraciones de carácter especulativo. Son más. Son una serie de actitudes, de modos de entender la vida y de vivirla, de juzgar, de sentir y de actuar. No hay movimiento de ideas que no lleve aparejada su correspondiente praxis. Es difícil concebir el solo pensar; hay que acompañarlo del ser y el obrar. Y de esta inevitable correlación de pensamiento y acción también tenemos un claro ejemplo en el período de la Ilustración que señaló a cada cual no sólo un ideario sino también un quehacer. Y, más que nunca, hizo del **homo sapiens** también un **homo faber**, un **homo oeconomicus**.

Nada más útil para seguir el rastro a las ideas de cualquier época que la observación de ciertas palabras clave cuyo repetido empleo en los escritos contemporáneos llegar a martillear en nuestros oídos haciéndonos caer en la cuenta de su valor representativo. Estas palabras (que tuvo la Edad Media, que tuvo el

Renacimiento, que tuvo el Romanticismo y que tiene también nuestro tiempo) son los símbolos más precisos del contenido ideológico de la época en cuestión. Si la que me propongo examinar brevemente ahora es la de la Ilustración, las palabras clave serán éstas:

Las luces, que eran las luces de la inteligencia alumbrando las tinieblas de la ignorancia; eso de las luces o la Ilustración, que son términos afines, daba a entender que el siglo XVIII era fundamentalmente crítico y racionalista y que estaba dispuesto a revisar las ideas admitidas por el común a la luz de la **razón**, pero bajo la égida de la **naturaleza**, punto de partida incluso para el conocimiento de Dios, por lo que se hablaba mucho entonces de **religión natural**. Tanto como de filosofía, en contraposición a la teología o la metafísica. Nunca está ausente la **virtud** con su enorme carga ética de raíz estoica y catoniana y muy emparentada con la moral cristiana. La **filantropía** sustituye a la caridad. Para verificar aquel examen de ideas se precisaba de otro elemento indispensable: la **libertad** —se entiende libertad de conciencia— y ya nos encontramos ante otra de las palabras clave. Por otra parte, la simple actividad razonadora no podía arreglar los problemas del mundo, sino que se necesitaban también el **sentimiento** y la **sensación**. Razón, sentimiento y sensación unidos, tenían que valerse de otro factor importantísimo, la **experiencia**, como dato y como método, y los cuatro juntos podían ya dedicarse a fomentar los **adelantos** (luego se llamó a ésto el **progreso**) para ser dignos de la **altura de los tiempos**. Con estas nociones generales que acabo de enunciar: luces o ilustración, naturaleza, religión natural, filosofía, virtud, filantropía, razón, sentimiento, sensación, experiencia, libertad y adelanto o progreso, tenemos suficientes materiales para trazar un somero esquema del espíritu del siglo XVIII.

Siglo optimista, que creía en la absoluta perfectibilidad de las cosas humanas porque creía rusionanamente en la radical bondad del hombre y trataba de mejorar todos los aspectos de la vida no sólo a través de la pedagogía sino mediante el repertorio de recetas y actuaciones que llamaban el “fomento”;

siglo humanista y antropocéntrico y —aunque en España esencialmente católico— más dado a mirar por los asuntos de aquí abajo que a levantar los ojos al cielo, como no fuera para contemplar las nubes o las estrellas, y a esperar gratuitamente soluciones sobrenaturales. Siglo que secularizó lo que tan sacerdotalizado estaba.

Esas ideas centrales del entramado espiritual dieciochesco, muchas de las cuales venían arrastradas del siglo anterior y de sus pensadores de uno y otro lado del Canal de la Mancha, tenían que dar y dieron como resultado, en filosofía, el racionalismo y el sensualismo; en la investigación científica el empirismo; en política, por un lado el despotismo ilustrado que tenía por lograr la felicidad pública por el esfuerzo estatal y por la puesta en marcha de las reservas sociales —la burguesía— que aun no habían tenido ocasión de manifestarse, mediante la fórmula antidemocrática de “todo para el pueblo pero sin el pueblo”; y por otro lado la economía política, que trataba de fomentar las riquezas naturales y ponerlas al servicio del hombre para mejorar las condiciones de existencia de la especie humana sobre la tierra. Y cuando tales ideas corrían por Europa ¿qué pasaba en España? Si los esquemas son válidos, pese a eso, a su esquematismo tantas veces deformador, me gustaría trazar éste: al ocurrir el cambio de dinastía, en los primeros años del siglo XVIII, ambas Castillas, Extremadura, Andalucía y buena parte del litoral mediterráneo, permanecen conservadoramente fieles al espíritu, aun lastrado de medievalismos, de los Austrias, al espíritu teológico, guerrero y nobiliario; mientras que el norte asimila las enseñanzas del espíritu nuevo y siente, con la llegada de los Borbones, un tanto extranjerizantes aunque no en el grado en que es tópico afirmarlo, fiebre de renovación, de trabajo, de progreso, de vivificación de las riquezas, de promoción de la clase media a los niveles de la dirección del país. España era entonces sólo el cadáver de su pasada gloria; una momia o un fósil. La sociedad española, sin ilusiones ni esperanzas, y uncida al muy extendido afán de “no hacer novedad”, era en general ignorante y supersticiosa, inquisidora,

encastillada en prejuicios, perdida en bizantinismos, ergotista y cerradamente escolástica, rectilínea, heroica y mística y aun milagrera, pero... incapaz de dar la vuelta alrededor de un objeto para verlo por todos sus lados; incapaz de palparlo, de auscultarlo, de olerlo y menos aun de destriparlo para ver lo que tiene dentro, esa sencilla operación de técnica del conocimiento que corresponde a los métodos propugnados por la Ilustración. E incapaz de encontrar, claro está, su aplicación utilitaria.

Hostil a toda peligrosa novedad, Castilla capitaneaba a las regiones inmovilistas que velaban por la pureza e incorruptibilidad de las viejas esencias ya a la sazón impuras y corruptas, y que habían dado de sí en los memorables siglos XVI y XVII cuanto podían dar. Pero su hora había pasado y en adelante la vida nacional iba a recibir influencias de las provincias del norte y del noroeste hasta entonces postergadas.

Sin profundizar en el estudio del estado cultural y social de entonces, es imposible hacerse cargo del valor que se necesitaba para intentar poner en pie el inmenso cuerpo muerto, el cadáver de España, rendido a la pesadumbre de tanta gloria. Cualquier esfuerzo debía de parecer gigantesco y desde luego inútil. Pero los hombres que por aquellas calendas nacían a la vida del pensamiento y la acción no sabían lo que era descorazonarse y devolvieron a España la ilusión. Por primera vez en muchos siglos se producía en España un movimiento social, una movilización general de fuerzas culturales, sociales, políticas y económicas, con un objetivo concreto: el país, la salvación del país, lo que entonces llamaban con envidiable optimismo la felicidad pública. Y esta gran revolución del espíritu, que venía anunciándose en algunas mentes madrugadoras, estalló porque de pronto sonó en nuestra patria una poderosa y solemne voz, la voz de un hombre de Iglesia y de ciencia que más o menos adocrinaba así a España: Hay que abrir otros caminos, hay que aprovechar lo aprovechable allí donde esté; no es posible estancarse en el acartonado escolasticismo de la Universidad y de los centros eclesiásticos; hay que asimilar las nuevas verdades

vengan de donde vinieren; los métodos de observación y experimentación de Bacon; la física de Newton, la química, el microscopio, la biología, la medicina empírica, las ciencias naturales...

Nunca se había oído en España voz que así convocara a un despertar nacional. Y esa voz, que era la del Padre Feijóo, resonó en las estribaciones extremo-occidentales de la cadena pirenaica y por lo tanto en Asturias y Galicia, antes de extenderse por el resto de España. Del mismo solar del Noroeste del que partiera la Reconquista, volvía a partir este clarinazo de alerta que quería recuperar a España para la modernidad, el espíritu científico, el criticismo, el empirismo, el pragmatismo, el utilitarismo.

Y no se perdió en el vacío, sino que fue rodando por el espinazo ibérico hasta producir su primer eco en Vasconia, donde le respondieron las finas y cultas voces de los próceres que habían de formar la Real Compañía Guipuzcoana y la Sociedad Bascongada de Amigos del País, de Azcoitia: los Munibe condes de Peñaflorida, los Altuna y los Eguía, los mismos patricios a quienes se motejó irónicamente de "Caballeritos de Azcoitia". Y no sólo en Vasconia. Hacia la vertiente aragonesa de los Pirineos respondieron también a Feijóo otras voces menos sutiles pero más energicas y robustas, más operantes, más políticas: la del Conde de Aranda, la de Roda, la de Azara... Y en Levante, la de José Moñino, Conde de Floridablanca...

Y la gran voz de Feijóo, resonando siempre por montes y cañadas, retornaba, enriquecida y ampliada, por el lomo cántabro de España al originario occidente galaico, arrastrando al paso las nobles e intelligentísimas voces asturianas de Campomanes, de Jovellanos y de Flórez Estrada. Y en Galicia, de donde había partido Feijóo para la reconquista intelectual de España, le hicieron coro las cálidas y entusiastas gargantas de los hidalgos y de los eclesiásticos que habían de asumir el dictado de ilustrados: el universal benedictino Padre Sarmiento, el economista don Juan José Caamaño, luego Conde consorte de Maceda; Ibáñez, el capitán de industria que creó las Reales Fábricas

cas de Sargadelos; el Marqués de Viance, curioso viajero científico por Europa; don Pedro Antonio Sánchez Vaamonde, canónigo compostelano, economista y sociólogo, fundador de la Biblioteca del Consulado de La Coruña; el también canónigo Páramo, naturalista, que murió obispo electo de Lugo; el Gobernador del Consejo de Castilla don Manuel Ventura Figueroa, Arzobispo de Laodicea; el Conde de Gimonde, mecenas y patriarca; don Juan Francisco de Castro, sacerdote, jurista y pequeño filósofo, y los que bien podríamos llamar, ya sin ironía y para honor suyo, los "Caballeritos coruñeses" con don José Cornide a la cabeza.

Un estado mayor de pensadores, doblados de hombres de acción que aspiraban a cambiar la faz de la patria. No todos, como es natural, compartían el programa ideológico del siglo. Sobre muchos puntos disentían. Por lo general permanecían dentro del cuadro de la Iglesia Católica en cuyo seno vivían y morían. Pero también se habían formado en la devoción del humanismo y habían arrancado al mundo antiguo la gracia exquisita de la cultura helénica y la sabrosa gravedad de los latinos; más ni la piedad ni el gusto por las cosas griegas y romanas agotaron su despierta sensibilidad para los temas modernos de la cultura y de la vida.

Puesto que de Galicia había partido, por boca de Feijóo, la primera llamada a lo que había de ser en España la Ilustración y el Fomento, bajo el signo fecundísimo de Fernando VI y Carlos III y de su glorioso equipo de gobernantes, Galicia no permaneció, ni mucho menos, al margen del gran movimiento renovador, no sólo en lo ideológico sino también en lo utilitario. Pese al apartamiento geográfico, compensado en parte por hallarse al borde de las principales rutas de la navegación, Galicia atravesó entonces por una grande y memorable época, una de las más brillantes de su historia en los altos estratos de la cultura y de la sociedad, en doloroso contraste, sin embargo, con una cruel situación del campesinado, de que se hacen eco los escritores contemporáneos.

Los fastuosos arzobispos constructores como Monroy, Rajoy

y Malvar edificaban iglesias, capillas y conventos, costeaban puentes y caminos y levantaban palacios. Sus arquitectos eran Casas Nóvoa, Ferro Caaveiro, Sarela o Simón Rodríguez; sus escultores, Felipe de Castro, Gambino y Ferreiro; sus pintores, García de Bouzas y Gregorio Ferro. El barroco triunfaba esplendorosamente en Santiago y alcanzaba su cenit de grandiosidad y genio fantástico y delirante. Los principales monasterios consumaron lo que se denominó "despojos" renovando de pronto los foros y expulsando a miles de familias labriegas de las tierras que venían cultivando de generación en generación en régimen foral; la renovación de los foros permitió a los bernardos y benedictinos reunir grandes masas de dinero con que dieron fin a la ampliación y restauración de sus iglesias, claustros y dependencias: Samos, Osera, Celanova, Sobrado, Monfero, Poyo y tantos otros monasterios adquirían una grandeza nunca conocida. El Ferrol asistía a la creación de su Arsenal y a la habilitación de su gran puerto militar. Carlos III abría el camino real de Madrid a La Coruña y a El Ferrol y de La Coruña a Santiago y a Bergantiños; el Arzobispo Malvar roturaba y construía el de Santiago a Pontevedra. La nobleza alzaba en las ciudades y en los campos sus magníficos palacios y asombrosos jardines: Fefiñanes, Bóveda, Mariñán, Oca, Santa Cruz de Ribadulla...

En cuanto a La Coruña, por los años en que don José Cornide, aquí nacido en 1734, llegaba a la madurez de su vida y su talento, la ciudad se transformaba y sufría honda crisis de crecimiento. Todavía era, ciertamente, un burgo marinero y comercial, con predominio de curia, milicia y clero. La influencia eclesiástica se hacía notar a través de la Colegiata y de los conventos de jesuitas, franciscanos, dominicos y clarisas, y también de las parroquias. Los nobles que residían en La Coruña no eran muchos, pero tampoco escaseaban e imprimían cierto tono señorial a la vida de la ciudad. La Ciudad Alta y la Pescadería no estaban tan estrictamente diferenciadas como suele creerse y el intercambio de ambas y de sus respectivas poblaciones era cada vez mayor. Entonces, como siempre, el puer-

to era la razón de ser de La Coruña. Lo frecuentaban los clippers, los bergantines y las fragatas que hacían la navegación transoceánica y las rutas del norte de Europa y Levante; las polacras del gran cabotaje y los pataches, los quechemarines y las pinazas del pequeño cabotaje, así como las innumerables embarcaciones menores dedicadas a la pesca, importantísimo capítulo de la riqueza local y empleo de buena parte de su mano de obra; los pabellones de España, Holanda, Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Francia, Portugal, Rusia y Estados bálticos alemanes, e italianos, se saludaban entre sí y saludaban a la plaza. Había en esta pequeña babel cónsules de todas las naciones y los armadores y consignatarios solían ser vascos o catalanes; catalanes eran también, cuando no extranjeros, los fabricantes y los técnicos; y riojanos, de tierra de Cameros, los banqueros y comerciantes de más fuste, aunque no faltaban entre ellos, sobre todo al declinar el siglo, asturianos y castellanos de Medina de Rioseco. La importancia del puerto aumentó al crearse en 1768, por providencia de Campomanes a la que no fueron ajenos los "Caballeritos coruñeses" y concretamente Cornide, que escribió en favor de su establecimiento, los Correos Marítimos a América, con sede en la Palloza. Tres años antes, y en virtud de las ilustradas ideas reinantes, se había decretado la libertad de comercio —hasta entonces detentada en exclusiva por Cádiz— con los diversos territorios españoles de Ultramar. Fueron tiempos dorados para el puerto coruñés, verdadero emporio por su riqueza y por el intercambio cultural y político de que era encrucijada.

Era por entonces La Coruña una ciudad alumbrada cada veinte pasos con faroles de aceite, relativamente bien pavimentada y con los elementos de urbanización, no muchos, a la verdad, que podía permitir la época. Una memorable institución local de fines del siglo, la Real Junta de Policía, presidida por el Capitán General, autorizaba la construcción de las primeras galerías de cristales que habían de llegar a convertirse en la más entrañable y significativa peculiaridad de La Coruña, y regularizaba el trazado de las calles mandando retranquear facha-

das y demoler soportales y voladizos, con lo cual, por cierto, se hurtó a la posteridad que hoy somos nosotros la contemplación de la fisonomía medieval que hasta entonces tuvo La Coruña; muchas interesantes fachadas asoportaladas y blasónadas desaparecieron para siempre y fueron sustituidas por el vulgar trazado que hoy presentan. Se construyeron los muelles de Garás y el Muro, y, a poco, las casas de sillería de la Marina, que dieron prestancia al lugar. Las fuentes iban siendo numerosas y bellas y algunas las diseñaron prestigiosos arquitectos; en aquel tiempo las fuentes tenían importancia en la vida de las ciudades y eran lo que al llegar a ellas registraban con alabanza o vituperio, los viajeros que han dejado testimonio escrito de sus andanzas. El teatro, primero que hubo en La Coruña, estaba junto a los fosos de la Puerta Real y se inauguró con ópera en 1767. El Hospital, fundado por la caridad de Teresa Herrera, fue luego obra colectiva que puso de relieve el espíritu ciudadano de La Coruña y el amor al prójimo que ardía en muchos pechos. El edificio de Capitanía General y Audiencia se concluyó en 1760 y un poco antes la Cárcel aneja, el edificio conventual de Santa Bárbara y la iglesia de Santo Domingo; Casas Nôvoa, autor de la fachada del Obradoiro de la Catedral de Santiago, lo fue también de la iglesia de las Capuchinas de la calle de Panaderas. Aunque ya era La Coruña desde antiguo plaza fortificada, el temor a una nueva guerra con los ingleses hizo levantar hacia 1750 nuevos cubos y lienzos de muralla. Por los mismos años y siguientes, alzaron o restauraron sus casas algunos hacendados y comerciantes.

La vida oficial se polarizaba en torno a la Capitanía General y Audiencia, que presidía la misma autoridad, a la Intendencia general del Ejército y Reino, a la Junta del Reino, al Corregimiento y a la llamada Ciudad o Ayuntamiento. Una nube de militares, magistrados y funcionarios, daban a La Coruña, por un lado, empaque, y por otro, animación.

La cultura oficial no debía de ser por entonces flor especialmente cultivada porque no existían centros de enseñanza superior. Había, sí, escuelas de primeras letras, pero los estu-

dios de grado más elevado sólo podían hacerse en las Cátedras de Latinidad, Filosofía, Artes y Moral establecidas por fundaciones particulares, municipales y del Cabildo Colegial en los conventos de dominicos y jesuítas, y las de Filosofía y Literatura en el de franciscanos. En ellas, y con preferencia en las de los jesuítas, a quienes parece haber sido afecto, debió de educarse Cornide, que, por lo demás, fue autodidacta que desdeñó el ciego rutinarismo de las Universidades y debió lo mejor de su cultura a las bibliotecas privadas.

Las diversiones no debían de ser muchas ni muy variadas. Tertulias y saraos en las casas aristocráticas y opulentas y en residencias de las autoridades, procesiones, paradas de la tropa, entierros, besamanos en los santos reales, proclamaciones de reyes y juras de herederos, funerales regios, funciones de iglesia, volatines en las ferias navideñas, paseos a la orilla del mar siguiendo la línea de las fortificaciones, excursiones a las afueras y jiras campestres. Para los varones más cultos había además las tertulias eruditas en las celdas de algunos frailes y en las casas de canónigos y caballeros dados al comercio del espíritu. El teatro y la música y sobre todo la ópera bufa, hacían las delicias de los coruñeses, y la frecuencia de reuniones y espectáculos de ese carácter era notablemente mayor que en casi todas las ciudades españolas.

La vida corporativa estaba fundada en los gremios y las cofradías de claro origen medieval. Los mercaderes, los mareantes, los sastres, los herreros, los labradores, los clérigos, los cereros, los chocolateros tenían sus respectivas cofradías que, aparte de sus fines piadosos, empleaban sus rentas en beneficencia y festejos. El Colegio de Abogados, cuyo primer Decano fue el padre de Cornide, mantuvo, así como el de Escribanos, una intensa vida corporativa.

Funcionaban por entonces en La Coruña, no sólo la Real Maestranza de Mantelería, cuyos géneros, elaborados en su caserón de la calle de San Andrés, encontraban universal aceptación y surtían sobre todo a la Casa Real, sino unos ciento veinte telares de lienzo ordinario desparramados por toda la

población. Había fábricas de cordelería, de papel, de paños, de sombreros, de vidrio, de pasamanería y botones, de cintas y peines... Había multitud de pequeños obradores y sinnúmero de tiendecitas que exponían sus mercaderías casi en la calle, mediante mostradores apoyados en las típicas medianas puertas.

Sí; La Coruña crecía y se transformaba, y Cornide y sus amigos, sensibles a la observación de cuanto se les ponía al alcance de los ojos, tenían que sentirse atraídos hacia la idea del progreso y estimulados a fomentarlo, discutiendo primero los medios y poniéndolos luego en práctica. En muchas de esas mejoras tomó activísima parte el escogido núcleo de los "caballeritos coruñeses".

Para estos "caballeritos coruñeses", florido ramo de espíritus finos y curiosos y esencialmente no conformistas, alerta a las corrientes del pensamiento de la época y entristecidos con la situación del campo y del campesinado, inventó la Real Junta de Comercio y Moneda y echó a andar el Intendente General del Ejército y Reino de Galicia don Julián Robiou, Marqués de Piedrabuena, un maravilloso juguete que ya no abandonaría hasta diez años después. Ese juguete fue lo que dio a los hasta entonces dispersos militares de alta graduación, funcionarios de nota y nobles terratenientes, el aglutinante que había de constituirles en equipo y había de unificar y fertilizar sus preocupaciones y esfuerzos. En adelante, tendrían periódicamente unas sesiones que, con alguna falta de respeto, podríamos llamar científico-económico-recreativas. Los hidalgos coruñeses afinados en las cercanías y los más inteligentes miembros del Ejército y de la Administración, iban a constituirse en Real Academia de Agricultura del Reino de Galicia, organismo típico de la Ilustración en que se trataban a la manera académica temas como las ventajas del trigo sarracénico, la desecación de la laguna de la Limia o de las marismas de Betanzos, el aprovechamiento de la turba marítima como combustible, el cultivo y manufactura del cáñamo, los hilados gruesos y finos del lino, la repoblación forestal... Entre los celosos funcionarios y los nobles señores se discutían las memorias e informes que

llegaban desde París, Florencia, Inglaterra o Luisiana. Pero la claridad mental, el teórico y práctico conocimiento de las tareas agrícolas y de las industrias rurales, coincidían sobre todo en don José Cornide, a quien la Academia encargaba la redacción de memorias sobre los puntos más arduos. En unión de don José Jaspe, señor de Montrove, y de don Fernando Freyre de Andrade, señor de Orto, fue comisionado para redactar el reglamento de la Escuela de Hilados según las modernas técnicas extranjeras. Para eso se necesitaba dinero, claro está; había que pagar la casa, traer de fuera personal apto para enseñar y pensionar alumnas. Y entonces el Marqués de Piedrabuena, Presidente de la Academia, se ofreció como siempre a sufragar los gastos, y los demás caballeritos académicos quisieron participar también en ellos y hubo un torneo de cortesía y generosidad y todos aportaron no sólo su trabajo sino su peculio para sostener el nuevo centro de enseñanza. Y durante varios años aquella admirable asamblea de patricios desinteresados y fervientes patriotas invirtió su tiempo y su dinero en fomentar la agricultura y la industria popular. Hasta que, desasistidos del poder central, inexplicablemente sordo a sus constantes llamadas, olvidados en su rincón provinciano, dejan de reunirse y dan por terminada su obra, que alguna mayor huella pudo haber dejado en la economía rural gallega.

La labor de los "caballeritos coruñeses" se hizo enteramente a sus expensas, puesto que el Gobierno se resistió siempre a subvencionarla, y en el "Discurso sobre la Industria Popular", que fue como la biblia del reformismo carlotercista, que dio las normas para la creación de las Sociedades Económicas de Amigos del País que en seguida se multiplicaron por toda España, y que se publicó como anónima aun cuando todo el mundo sabe que se debe al Conde de Campomares, se rinde el debido tributo a la precursora y adelantada Academia coruñesa, primera entidad de su género que funcionó en España, para honor del Marqués de Piedrabuena, de Cornide y de los demás "caballeritos coruñeses". Porque ellos fueron los primeros. Piedrabuena puso en La Coruña los cimientos de estas institu-

ciones llamadas a canalizar la inteligencia y la actividad de las más selectas minorías de España, a descentralizar la cultura y la acción política y económica y a esparcir por todo el país, fuera de la estéril absorción de la Corte —suprema instancia, sin embargo, de la vida nacional— los aires renovadores de la Ilustración. Por otra parte, inauguraba en España el trabajo colectivo, en equipo, e interesaba activamente a la sociedad en la promoción de su propio progreso. Del inteligente grupo coruñés es justo destacar, aparte de Cornide, la simpática figura del Marqués de Piedrabuena, a quien la Providencia envió a La Coruña con el cargo de Intendente General del Ejército y Reino de Galicia. Piedrabuena, francés de Saint-Malo y naturalizado en España, fue quien congregó en su torno al grupo coruñés. Claro que aquellos hacendados estaban acostumbrados a administrar sus tierras y algo sabían empíricamente de cultivos, aprovechamientos, costes y precios, pero faltaba alguien que les uniera en el servicio de la patria, y ese alguien fue Piedrabuena, todo un carácter, gran espíritu promotor de empresas patrióticas e introductor en España de métodos que ya privaban en toda Europa. Cornide fue su constante colaborador desde la secretaría de la Academia.

Cornide, hombre de noble alcurnia, de posición desahogada y de amplios estudios, no se estancó como muchos de sus contemporáneos apegados a la rutina del siglo anterior, en viejas y apolilladas humanidades. Las cultivó, sí, y con gran provecho, pero sobre todo tomó parte activa en el movimiento de la época. Oreó sus saberes de epigrafía romana, de geografía antigua, de griego y de latín y de arqueología y numismática, y les insufló el aliento vital de lo contemporáneo, aquel aire refrescante y vivificador que procedía de Europa y daba un giro, sacudiendo el espinazo ibérico del Pirineo, desde Casdemiro y Samos, reductos primeros de Feijoo, hasta la Azcoitia de los Caballeritos.

Cornide se mostró sensible a las nuevas ideas y desde entonces alternó las antiguallas con lo actual y lo venidero. Otros hombres había a la sazón en Galicia que se aplicaban también a los estudios históricos —Huerta, Riobóo, Seguín, Sobreira, Ro-

drígue...— pero pertenecían al período barroco ya agonizante y no pasaban de simples eruditos sin curiosidad por lo que estaba sucediendo ante sus propios ojos y que iba a cambiar la faz del mundo. El espíritu nuevo estaba en Feijóo, que era anterior en años pero más joven de alma; estaba en la vocación naturalista y en las teorizaciones del Padre Sarmiento; estaba sobre todo en el gran polígrafo y pragmático Cornide. Con él entraban de lleno los gallegos en la corriente europea y universal del fomento y de la economía, y abandonaban su secular actitud de provincianos rezagados.

Su amor a la cosa pública lo demostró en los cargos oficiales que desempeñó y que fueron: Regidor bienal de La Coruña y luego Regidor Perpetuo de Santiago; en representación de este último Ayuntamiento fue Diputado del Reino de Galicia y asistió a alguna de las ceremoniosas sesiones que celebraba con curiosa pompa y rígida etiqueta el llamado Reino de Galicia, o bien Junta de Millones, en realidad una asamblea compuesta de los diputados de las siete ciudades, que se reunía cada seis años para la fijación y reparto de los impuestos y para elevar al Rey representaciones sobre asuntos de interés general para el país gallego. A otros cargos aportó también Cornide su buen sentido, su inteligente enfoque de los problemas, su experiencia y su entusiasmo. Fue Tesorero de los fondos establecidos en La Coruña para alimentar mendigos y recogerlos en el Hospicio Provincial. Perteneció como casi todos los nobles de su tiempo a la Milicia Urbana de La Coruña, con el grado de Capitán. A propuesta de las siete ciudades de Galicia fue nombrado Primer Vocal de la Junta de Caminos del Reino, para lo cual le capacitaban excepcionalmente sus conocimientos geográficos. Y fue también Director del Montepío de Pesca y Consiliario del Real Consulado, institución insigne, hija legítima de la Ilustración, aunque indudable nieta de la Edad Media, a la que luego habrá que referirse. No era Cornide un loco arbitrista ni un sabio de gabinete ni un escolástico, sino un realista, un pragmático, un espíritu lúcido y práctico, tan bien avenido con los polvorientos pergaminos y las lápidas romanas, como

con la realidad circundante, con el paisaje (del cual su ciencia geográfica tenía que darle una visión que todavía no podía ser estética y sentimental, pero sí ordenadora y utilitaria), con la vida, con los seres vivos, con los hombres que trabajan, con los animales. Tal mezcla de sabio y hombre de empresa, que por primera vez se estaba dando en España gracias a la Ilustración, tiene en Cornide un verdadero arquetipo. Si algo faltase para completar su grande y compleja personalidad, sería la vena artística, pero también se dio en nuestro admirable personaje. De ello dan fe, no sólo su afición a las viejas piedras, a las ruinas, a los viajes y a las bellezas de la Naturaleza, sino más específicamente sus mapas, de delicado gusto y fina traza que revelan al diestro dibujante, y hasta sus versos que, aunque para dar nueva muestra de su fidelidad al canon de su siglo no pasaron de la misma pedestre ramplonería que los de Feijoo, Sarmiento o el Cura de Fruíme, los hizo nuestro polígrafo, tanto en castellano como en gallego, revelando un singular humor y propensión a la sátira.

Cuando languidecía y en 1774 dejó de funcionar la Real Academia de Agricultura, Cornide no podía permanecer inactivo, refugiado otra vez en plena juventud, en las rebuscadas erudititas. No era ese su genio. Su brío le pedía cosa de más movimiento en que emplearse.

Estaba por entonces en su momento más crítico la tradicional pugna entre los pescadores gallegos y los armadores catalanes que venían a pescar a estas costas y a establecer en ellas las primeras industrias de salazón. Que si el "xeito" que si la "xábega"; que si uno de esos aparejos conservaba las futuras posibilidades de la pesca o si codiciosamente arrasaba el otro los pastos y las crías. El pleito se desarrollaba ya ante los Tribunales en medio del apasionamiento general. Mediaban informes de don José Francisco de Zúñiga y Losada, Diputado General del Reino en la Corte, del Capitán General, del Intendente de Marina y de la Real Audiencia. Y entonces Cornide tercia en la disputa. El informe de Cornide no podía ser, ni por la materia ni por su propio concepto de las cosas, una fantasía

de sabio distraído. Tenía que constituir un estudio práctico y debía contener unas propuestas viables. Cornide no dudó un momento, y desprendiéndose de prejuicios, se dirigió a los hombres de mar; sostuvo largos y enjundiosos diálogos con marineros y pescadores y los resumió clara y objetivamente. Su informe, pieza magistral de economía aplicada y de biología marítima, fue primero una simple alegación dirigida a la Ciudad de Santiago que se la había encargado como a Regidor suyo que era, pero luego la amplió hasta convertirla en lo que había de ser su libro "Memoria sobre la pesca de la sardina en las costas de Galicia", publicada en 1774. Expone primero la importancia de los criaderos de sardina y la calidad de sus productos; describe los aparejos que se discutían y sus respectivos riesgos para la conservación de las valiosas especies ictiológicas y se pronuncia en favor de los pescadores gallegos frente a los catalanes. Y sus otras propuestas de mejora para la vida pesquera regional obtienen el reconocimiento oficial al crearse por obra y gracia de un famoso ministro y prelado gallego, don Manuel Ventura Figueroa, Gobernador del Consejo de Castilla, un Montepío para aliviar la suerte misera de los pescadores gallegos que Cornide había sabido exponer con emoción y sinceridad, anticipándose a un tipo de preocupación social que tardaría mucho en arraigar entre nosotros. Para satisfacción suya se le nombraba en el Decreto, Director de la nueva institución, en unión de otros dos personajes. Gran alegría depararía a Cornide que se aceptasen sus puntos de vista y, más aún, que se le encargase de llevarlos a la práctica. Con cargo al expolio de la sede vacante por muerte del arzobispo de Santiago don Bartolomé de Rajoy, se entregó al Montepío cerca de un millón de reales. Los directores extremaron su celo; se facilitó dinero a crédito a los pescadores con la condición de reintegrarlo a los cuatro años y de que pescaran y salaran la merluza y el bacalao según los métodos de Terranova, para lo cual vinieron peritos de las Provincias Vascongadas. Pero Cornide y los otros directores tuvieron el santo de espaldas, y la rutina, la desidia, la ignorancia y el recelo de los propios beneficiarios,

hicieron fracasar la generosa empresa que hubiera podido adelantar en doscientos años la apetecida mejora técnica y económico-social de nuestras clases marineras.

Y aún hubo de seguir aficionándose a los estudios marítimos, ictiológicos y pesqueros, por cuanto publicó en 1788 su magnífico "Ensayo de una historia de los peces y otras producciones marinas de la costa de Galicia, arreglado al sistema del Caballero Linneo. Con un tratado de las diversas pescas y de las redes y aparejos con que practican"; en este breve librito hace gala de un profundo conocimiento de la Historia natural, recién aprendida en los entonces novísimos textos de Linneo, y al propio tiempo, por ser él quien era, añadía curiosas particularidades acerca de la vida y milagros de los peces de nuestras costas. Y hasta consigna junto a cada especie el modo más adecuado de cocinar y servir sus ejemplares, en lo cual, fuerza es reconocerlo, no demuestra Cornide mucha imaginación ni refinamiento de paladar ni de mesa, pues sus fórmulas son vulgares y monótonas. No; decididamente, Cornide no está a la altura de los grandes tratadistas y cocineros gallegos que tanta gloria han dado al país y tanta satisfacción íntima y espiritual —y de la otra— a todos nosotros.

Fracasadas las dos instituciones, la agrícola y la marítima, a que tantos desvelos había dedicado, quizá un hombre de más blando temperamento, se hubiera desilusionado para siempre, sobre todo porque, si en el primer fracaso, tuvo toda la culpa el poder público, en el segundo fue la responsabilidad del mismo pueblo que aun no estaba maduro para tal empresa. Pero Cornide era hombre de temple y aun le quedaron fuerzas para promover, con otros patricios, la erección de otra gran institución coruñesa, y para intervenir no sólo en la redacción de su Cédula fundacional y de sus ordenanzas sino luego en muchas de sus inolvidables iniciativas y realizaciones. Estoy refiriéndome al Real Consulado Marítimo y Terrestre, instaurado de Orden de Carlos III en La Coruña y cuya jurisdicción comprendía todo el litoral del Arzobispado de Santiago, incluído el puerto de Vigo. Bajo la presidencia del Prior, Conde de Ama-

rante, y en compañía de otros personajes de cuenta, Cornide se aplicó a laborar por el progreso de su tierra natal. Fruto de sus desvelos y de la eficacia que demostró poseer el Consulado, aparte de su carácter de Tribunal de Comercio, entre otros, la pavimentación de vías públicas, la traducción y edición de textos de carácter económico, la reglamentación de ciertos servicios públicos, la creación de cátedras de Comercio, Aritmética y Teneduría de Libros, el sostenimiento de la Escuela de Náutica, la restauración de la Torre de Hércules, las subvenciones a industrias de interés general, los premios a los autores de memorias sobre importantes temas y a los pequeños industriales, el establecimiento de la Escuela de Hilazas de algodón, el fomento del cultivo e industria del cáñamo, las grandes y numerosas limosnas, las aportaciones al Erario público en épocas difíciles para la nación... ¡Qué pocas instituciones habrán dejado tras sí tan formidable balance de triunfos contra la ignorancia, la desidia y la desesperanza!

Por entonces recibió Cornide los títulos de individuo de las Reales Sociedades Económicas Bascongada, de Santiago y de Lugo. Era también miembro de la Real Academia de la Historia y de la de Nobles Artes de San Luis, de Zaragoza. Su obra iba siendo reconocida y apreciada.

Y en aquel instante debió de producirse una crisis en el alma de Cornide, cuya vida de hombre público y de economista se interrumpe bruscamente en 1789. Quizá las dolorosas decepciones, quizás la sensación de que todo esfuerzo era inútil, tal vez la idea de que ya había cumplido sus deberes para con sus paisanos y llegaba la hora de retirarse a la vida privada para enriquecer el espíritu con la meditación y el estudio; tal vez la irresistible llamada de su primera vocación científica, tantos años alternada con las tareas que se había impuesto por altruismo; quien sabe si el deseo de encontrar un campo más amplio y más propicio para sus investigaciones, el caso es que en 1789, año inolvidable en la historia del mundo por ser el de la Revolución Francesa, y en España por iniciarse el cambio de reinado, Cornide abandona su residencia provinciana, sus cargos y ocupa-

paciones de hombre de acción, y se traslada a Madrid. Lleva consigo un inmenso bagaje de sabiduría y experiencia. Va cargado también con su rica biblioteca y con las numerosas carpetas de tratados, memorias, apuntes, itinerarios y cartas geográficas debidos a su fecunda pluma y que revelan su vasto y complejo saber, y empieza su plácida vida de académico que sólo han de interrumpir en lo sucesivo algún viaje científico y, por fin, la muerte.

Al llegar a Madrid tiene Cornide cincuenta y cinco años, edad propicia a los estudios tranquilos y a las largas meditaciones de gabinete y biblioteca. Su curiosidad científica le llevará a asistir, con un escogido grupo de estudiosos, a la cátedra de San Isidro. Le absorben los estudios geográficos y arqueológicos. Publica libros como la "Disertación sobre la ciudad Límica o Lémica" y "Las Casiterides o Islas del Estaño, restituidas a los mares de Galicia, disertación crítica en que se procura probar que estas islas no son las Sorlingas, como pretende en su "Britannia" Guillermo Camden y si las de la costa occidental del Reino de Galicia". Una corta escapada a la Historia Natural dará como resultado su "Memoria sobre el descubrimiento de una mina de carbón de piedra en las Puentes de García Rodríguez" (premonición de lo que había de ser, andando el tiempo, la actual explotación de lignitos), y su "Ensayo sobre el origen, progresos y estado de la Historia Natural entre los antiguos anteriores a Plinio". Vuelve a la arqueología con sus interesantísimas y coruñesísimas "Investigaciones sobre la fundación y fábrica de la torre llamada de Hércules, situada a la entrada del puerto de La Coruña". Y ya pura y maciza arqueología son sus dos estudios, hechos a instancia de la Academia de la Historia, tras haber reconocido *in situ* los respectivos restos: la "Memoria sobre las ruinas de Talavera la Vieja", continuación de la de don Ignacio de Hermosilla y Sandoval, y la "Noticia sobre las antigüedades de Cabeza del Griego", así como la "Noticia de la Real Academia de la Historia", el discurso preliminar y eruditas notas a la edición que preparó de la "Crónica de San Luis Rey de Francia", del

señor de Joinville; sus abundantes notas y apéndices a las obras históricas de Ambrosio de Morales y su breve pero excelente "Ensayo de una descripción física de España" que su biógrafo Fort supuso que no había llegado a publicarse, pero que ciertamente se publicó y yo poseo uno de los rarísimos ejemplares que se conservan.

Mucho después de la muerte de Cornide imprimió la Academia de la Historia los tres gruesos volúmenes de su "Estado de Portugal en 1800", completísima descripción de este país a donde fue Cornide por mandato de la Academia, según se pretextó, pero en realidad, como apunta sagazmente Murgía, para estudiar por encargo del Príncipe de la Paz el país sobre el cual creyó Godoy que iba a reinar y en el que habría un día u otro que hacer la guerra. Estas obras son las únicas de Cornide que vieron la luz pública. Pero no se limitó a ellas su incansable actividad científica, literaria y artística. Suyos son varios hermosos mapas, primorosamente dibujados: el del obispado de Orense y el de Mondoñedo que se publicaron en la "España Sagrada", el "Mapa Corográfico de la antigua Galicia, arreglado a las descripciones de los geógrafos griegos y romanos, con una lista de la correspondencia de los nombres antiguos a los modernos", el de la "Celtiberia y regiones confinantes" y el de Cartagena, todos los cuales se imprimieron, y el de la provincia de La Coruña y parte de la de Betanzos así como otros varios que permanecen inéditos en la Academia de la Historia. En ella se hallan también por manda testamentaria de Cornide los manuscritos en que fue volcando su gran saber: las dissertaciones sobre el verdadero sitio de la silla celense, que parece haber sido las Caldas de Cuntis; los abundantes y concienzudos trabajos sobre geografía antigua y moderna de Galicia, sobre sus producciones de todas clases, su agricultura, su industria, su comercio, su pesca, su botánica, su zoología y mineralogía, su historia, su estado cultural y social, su demografía y su estructura jurídica y administrativa; artículos sobre monedas antiguas y sobre inscripciones romanas descubiertas y

descifradas por él en sus viajes; memorias sobre itinerarios romanos, sobre diversas comarcas españolas y portuguesas, y descripciones de viajes realizados a través de toda la península y preferentemente por su región natal. Todo este venero de sabiduría y de serena y desapasionada ciencia yace en el archivo de la Real Academia de la Historia esperando una mano piadosa que lo saque a luz, mano que bien pudiera ser —así me atrevo a esperarlo— la del Instituto que hoy nace amparado en su esclarecido nombre.

Cornide quiso volver a Galicia en sus últimos tiempos. Era ya entonces secretario de la Academia de la Historia y en sus sesiones se codeaba con los insignes miembros de la corporación: Campomanes, Jovellanos, Asso, Manuel, Martínez Marina, Campmany... la flor de la ciencia, del patriciado y de la gobernación del país. Se comprende cuánto le agradarian los sosegados diálogos académicos y los altos estudios propios de aquella corporación tan docta y encopetada. Pero la llamada de la tierra debía ser cada vez más acuciante y decidió regresar a La Coruña o a Mondego, donde poseía una hermosa quinta que aun está en pie. Un tanto cansado, aunque no viejo, viudo ya de doña María Antonia de España y Guiráldez y teniendo a su única hija María de las Hermitas de educanda en el convento de la Enseñanza de Santiago, nada le atraía tanto como su Galicia nativa. Pero no consiguió su propósito. En la llamada Casa de Pandería de la Plaza Mayor de Madrid, sede a la sazón de la Academia de la Historia, falleció el día 22 de febrero de 1803 y fue enterrado al día siguiente en la parroquia de San Ginés. Murió de pulmonía, dice la partida de defunción. Mis insistentes rebuscas en el archivo parroquial de San Ginés no han logrado más que convencerme de que no es posible localizar la tumba de Cornide bajo el nuevo pavimento de la iglesia.

Puede decirse que no se sobrevivió, como se sobrevivieron otros personajes de la Ilustración que arrastraron sus días hasta una nueva época que ya no era la suya y que comienza a partir de la Guerra de la Independencia. Cornide no sintió la pena de ver los tiempos nuevos y pudo morir en la consoladora creencia de

que el fruto de los desvelos de su generación y de las inmediatamente anteriores iba aun a ser recogido por muchas otras generaciones de españoles, lo que, en ciertos aspectos resultó cierto. Murió en pleno vigor del ciclo histórico que le había tocado vivir y del que fue arquetipo. Los viejos no se adaptan a lo que viene detrás y el destino le ahorró el dolor de sentirse envejecer no de cuerpo sino de ideas; cuando dejó este mundo estaban las suyas en plena y prometedora vigencia. No podía ni sospechar que la coyuntura de la Guerra de la Independencia, aún recogiendo grandes porciones de la herencia ilustrada, iba a darlo todo al traste para abrir paso al período constitucional: la entonada sociedad española de su época, el régimen señoril, los cuadros dirigentes, la ideología y la metodología científicas, el concepto de la libertad y su correlativo el de la autoridad... todo iba a evolucionar y aun a revolucionarse rapidísimamente. Pero él no llegó a ser, en el sentido amargo de la frase, un hombre del "antiguo régimen" más que cuando le evocamos nosotros ahora con perspectiva actual.

El hombre que, siendo coruñés nato, medular y vocacional, miró con igual amor y sirvió con iguales talentos todas y cada una de las etapas de la proyección del tiempo en su ciudad, considerándolas como análogas irradiaciones —pretéritas o venideras— del mismo hecho geográfico, histórico y sociológico que es La Coruña; el hombre que escudriñó nuestra historia y nuestros monumentos y a la vez creó con mente abierta, sagaz y adelantada los estudios preparatorios de un porvenir mejor y sostuvo con mano energica y constante las instituciones que pudieran asegurar el desarrollo espiritual, social y económico de este rincón del mundo, no cabe duda, señores, de que era el más indicado para convertirse en símbolo del noble esfuerzo coruñés que representa nuestro Instituto.

Lo que Cornide hizo por La Coruña tendremos que hacerlo cuantos asumimos nuestra parte, grande o pequeña, de responsabilidad en la reviviscencia del ayer, el mantenimiento del hoy y la creación del mañana de la ciudad que amamos. No sé si hay entre nosotros —ojalá lo haya— algún Cornide, es decir,

alguien que reuna en su sola persona todo lo que Cornide fue; que como él mire con ternura e inteligencia el pasado de nuestro pueblo, desentrañe e interprete su íntimo sentido, proclame y asegure la pervivencia de su personalidad genuina y esté dispuesto a trazar los planes de su ulterior grandeza. Pero, por si no lo hubiera, formemos entre todos un solo José Cornide y, fieles antes que a nada, al genio de la ciudad y a su destino, inclinándonos por igual hacia la nostalgia y la esperanza, sumemos nuestras respectivas aptitudes y vocaciones para que, en lo que de nosotros dependa, pueda continuar hacia adelante la historia del pequeño grupo humano asentado de tiempo inmemorial con un estilo de vida propio en esta roca cuajada de cristales que emerge bella y graciosamente, rompiendo las espumas, del mar occidental.

